

No recuerdo a mi madre.

Mi madre —conocida como «La Hermosa Sarah»— murió cuando yo tenía menos de un año de edad, durante la gran epidemia de influenza. Entonces, yo también enfermé. Y contra todo pronóstico y habiendo sido desahuciado por los doctores, sobreviví sin que nadie se atreviera a atribuírselo a un milagro: habían sido tantas las víctimas que mi modesta resistencia era más una irrepetible anomalía estadística que una singular señal divina.

Mi nombre era Isaac, que en hebreo antiguo significa *risa*; pero no puede decirse que yo fuera un niño que se riera mucho porque no había demasiados motivos para reír en mi niñez.

Y tampoco recuerdo cómo era mi padre antes de la muerte de mi madre. Pero sí recuerdo cómo fue después de que ella falleciera. Y cómo mi madre parecía haber suplantado el lugar de su sombra y, cosida a sus talones, acompañar a mi padre, al rabino Solomon Goldman, a todas partes, a todas horas.

Recuerdo a mi padre llorando, leyendo de derecha a izquierda, buscando explicaciones en la voz de papel y tinta de profetas antiguos. Palabras que llenasen su garganta que sólo albergaba crujidos dolorosos, gritos en voz baja: el sonido de una catástrofe producida por el eco de una catástrofe.

Óiganlo ahora como lo sigo oyendo yo.

Mi padre persiguiendo una razón para el fin de su mundo en los modales del principio del mundo.

Mi padre que de pronto empieza a detestar el falso consuelo de otras religiones (la multitud de dioses en Oriente y de santos en Occidente y esa idea del Paraíso, tan *sci-fi*, ese otro «planeta» utópico luego de este planeta, pienso ahora) y se en-

furece frente a las iglesias cada vez más llenas de la Gran Depresión. Antros regentados por falsas sacerdotisas orgásmicas jurando haber sido «amadas por el Señor» con una regularidad más que irritante, como si Dios fuese una especie de playboy superdotado y todopoderoso. Y así, de pronto, todos asegurando haber visto algo o a alguien y mi padre que no deja de condenar esa socialización de los milagros. Las visiones como plaga, cuando se supone que los milagros no deben ser masivos y populares sino individuales y ocasionales y capaces de elegir con cuidado el sitio y los ojos y los cuerpos en los que se posan.

Mi padre comenzando a indignarse por ese estruendo de mentiras y por la incontestable verdad de la ausencia de Jehová. Es entonces cuando lee aquello que escribió el cabalista español Abraham Abulafia sobre algo llamado *Tikkun Ra*, o «la reparación del mundo» y advertencia: no estoy del todo seguro del significado de ese término y de las demás cuestiones cabalísticas a las que aquí me refiero. Cito de memoria cosas que no recuerdo con exactitud pero que jamás podré olvidar.

Recuerdo perfectamente, sí, a mi padre leyendo esos símbolos. La rabiosa intensidad de mi padre frente a un libro. La energía que parecía entrarle por los ojos y estremecer su figura que un ilustrador *pulp* de entonces habría dibujado despidiendo chispas y centellas brotando del cerebro en llamas de un científico loco.

Recuerdo aquello que mi padre me contaba que le contaban los libros.

Recuerdo a mi padre explicándome que leyó que los místicos aseguraban que en el principio, la Luz Divina de Dios, contenedora de todas las cosas buenas, estaba preservada dentro de una o de varias vasijas sagradas. Pero, como en el mundo ya habían aparecido también los destellos y las grietas del mal, las vasijas no pudieron contener ese resplandor y se hicieron pedazos. Y la benéfica Luz Divina también se rompió en incontables fragmentos que cayeron como una lluvia de cristales

sobre el mundo. Y, al dispersarse, barridos por vientos y por la lenta pero implacable inercia de las órbitas del planeta, esos fragmentos divinos invirtieron su signo y se transformaron en todo lo terrible y monstruoso que ha acontecido desde entonces. Enfermedades y guerras y cataclismos. Los místicos, me dice mi padre, sostienen entonces que la tarea de los hombres consiste en reunir esos malignos fragmentos mediante buenas acciones. Reconvertirlos en materia benéfica e ir ensamblándolos como si se tratara de una estatua rota hasta recuperar el todo original. El bien perfecto. El resplandor indivisible del creador.

*Tikkun Ra*, pensó mi padre.

Y es entonces, creo, cuando mi padre decidió que yo sería uno de esos pequeños pedazos extraviados: algo malo tan sólo en apariencia (porque no podía evitar relacionar mi llegada con la partida de mi madre) pero en cuyo sino y origen vivía, apenas escondida para quien supiera verla, parte de la raíz primera y absoluta de la mejor y primera buena nueva.

Mi padre leyó también (y es recién entonces cuando sintió que había comprendido su verdadero significado e importancia) acerca del *Tzimtzum*. Esa constricción –se explica en la Kabbalah– experimentada voluntariamente por Dios. Dios contrayéndose y comprimiéndose y renunciando a su esencia infinita para así permitir la existencia de un sitio conceptual: el *chalal panui*, un espacio donde pueda existir un mundo independiente.

*Tzimtzum* significa, creo, «escondese de los seres creados permitiéndoles existir como criaturas tangibles, en lugar de abrumarlos con su presencia constante y sin límites». Así, Dios se autolimita –impone fronteras a su divinidad– ausentándose, aunque no desapareciendo, para que pueda haber algo que esté más allá de él. Lo que Solomon Goldman no conseguía comprender del todo era si la disminución del tamaño de Dios implicaba también una reducción de sus poderes o si, por lo contrario, lo convertía en un concentrado mucho más potente. Si esta autolimitación de Dios lo debilitaba, entonces tal













